

CUENTO PARA REFLEXIONAR

¿Ya te dije cuánto te quiero?

Hablamos mucho pero en general no decimos lo importante, y el silencio, al igual que las palabras, va dejando su huella. Un cuento para reflexionar y compartir.

Cuando mi padre me hablaba, siempre empezaba la conversación diciendo: "¿Ya te dije cuanto te quiero?" La expresión de amor era correspondida y, en los últimos años, cuando su vida comenzó a decaer, nos acercamos aún más, si es que eso era posible.

A los 82 años estaba dispuesto a morir y yo estaba dispuesto a dejarlo partir para que su sufrimiento terminara. Nos reímos, lloramos, nos tomamos de las manos expresándonos nuestro amor, y estuvimos de acuerdo en que era el momento.

Dije: "Papá, una vez que te hayas ido quiero que me envíes una señal para saber que estás bien." ¡Se rió por lo absurdo del pedido!

Mi padre y yo estábamos ligados tan profundamente que en el momento de su muerte sentí un infarto en mi pecho.

Día tras día rezaba para saber algo de él, pero no pasaba nada. Noche tras noche, antes de dormirme, pedía tener un sueño. Y no obstante, pasaron 4 meses y lo único que sentía era el dolor de su partida.

Incluso un día, mientras estaba tendido en la cama, me invadió

una ola de nostalgia por mi padre... Ya han pasado algunos años; todavía no he tenido noticias de él. Pero no tengo ninguna duda de que algún día, cuando menos lo espere, escucharé su voz tan querida diciéndome "¿Ya te dije hoy cuánto te quiero?"

¡Cuántas veces escuchamos hablar del amor y la exigencia en la familia! Sin pensar demasiado por qué, intentemos recordar cómo nos dirigimos a cualquiera de nuestros hijos en la última semana.

Es muy posible que aparezcan en nuestro recuerdo palabras como "tenés que..."; "debés..."; "para triunfar en la vida hay que..."; y las relacionaremos, necesariamente, con la exigencia, exigencia para lograr hacer más valiosos a nuestros hijos ante la demanda de la vida que les proponemos.

Seguramente no podemos negar que los amamos y que es posible que esa exigencia esté motivada, justamente, porque los amamos, porque queremos lo mejor para ellos, porque queremos que se sientan triunfadores "a la manera del mundo actual".

Y si recorremos la semana, tratando de recordar cada minuto vivido con ellos, para encontrar si en esos días les habíamos hablado del amor que sentimos por ellos, es posible que pasen por nuestra mente las escenas de cada momento, cada uno de los encuentros, nuestros saludos por las mañanas, horas compartidas y las despedidas por la noche. Y



podremos decir que encontramos algunas oportunidades en las que, en esta última semana, a alguno de ellos, le permitimos escuchar de nuestros labios un tímido "te quiero mucho".

Y podremos sentir lástima, lástima porque ellos no lo escuchan de nosotros como una confirmación del amor que les tenemos, y lástima por nosotros mismos, porque no nos permitimos verbalizar uno de los más maravillosos sentimientos que llevamos dentro a cada momento.

Cómo suavizaría cualquier conversación poder hacer carne esta costumbre de iniciar con esa esperanzadora frase "¿Ya te dije hoy cuanto te quiero?", como acercaría posiciones, compatibilizaría opiniones diversas, nos ayudaría a buscar juntos soluciones en la discordia, porque claramente ambos sabríamos que antes que nada, entre nosotros, existe el amor que nos tenemos.

Recordemos que demasiado corto es el tiempo: ¡Sepamos expresarles afecto a nuestros hijos con actitudes, palabras y gestos!